

CHINA Y SU B

HAN transcurrido quince días desde que China experimentó la segunda bomba atómica de su historia militar; parece como si el enorme acontecimiento estuviese olvidado. Se trata, sin duda, de algo que conviene olvidar, que se puede despachar con unos cuantos comentarios rápidos y erróneos para evitar tener que tomar una decisión con la que enfrentarse al problema. No parece que hay otra posibilidad de dar la cara a la situación que no sea una de estas dos: aprender a vivir con China o avanzar la «escalada» hasta el punto de destruir las instalaciones atómicas chinas antes de que su arma nuclear se convierta en operacional. Es decir, ya. Hay quien supone que éste es el objetivo final de la acción americana sobre el Vietnam del Norte, y que los continuos bombardeos no son más que una gradual acomodación psicológica de la opinión pública de Occidente para la actuación, incluso nuclear, sobre China. No parece un azar que el mismo día en que se conoció la segunda explosión nuclear china —el 14 de mayo— el secretario de Defensa, McNamara, descubriera unos principios estratégicos americanos que se habían tratado en una sesión secreta de un subcomité de la Cámara de Representantes el 2 de marzo. Las palabras que pronunció entonces McNamara son éstas: «No ha habido ningún funcionario importante, militar o civil, que yo sepa, que haya indicado que tenemos una política para restringir el uso del arma nuclear en alguna situación del mundo, cuando creamos que es deseable su uso en nuestro propio interés. Pienso que el riesgo de la «escalada» es uno de los que hay que correr cuando se está decidido al uso del arma nuclear. No hay riesgo suficiente como para justificar la abstención del uso de las armas nucleares bajo ciertas circunstancias; es un claro riesgo que hay que calcular». En realidad parece como si los americanos estuvieran ahora aplicando, bajo la administración de Johnson y el cerebro de McNamara, una política de fuerza que dejara de aplicar hace años. Los partidarios de la «manera fuerte», del «gran bastón», han hecho tantas veces ostensible su idea de que una intervención «a tiempo» en Cuba —cuando Batista aún mandaba en La Habana— hubiera evitado la ruptura del equilibrio en Hispanoamérica, que los Estados Unidos han intervenido ahora en Santo Domingo por aquel reflejo retrasado —los trágicos e inoperantes resultados se están viendo ya—. Se ha dicho también tantas veces que si los Estados Unidos hubieran intervenido contra la URSS «con energía» cuando ésta era aún una nación sin bomba atómica, la situación hubiera cambiado en el mundo entero, que ahora pueden sentir la tentación irrefrenable de aplicar aquella lejana teoría a la China de hoy. Se acusaba en tiempos a Francia de ir «con una guerra de retrasos». Si los Estados Unidos tuvieran realmente la política de actuar ahora por los reflejos de otros golpes pasados podrían merecer una acusación similar. La Historia difícilmente se repite. Es uno de los principales problemas de la experiencia: que las circunstancias que han servido de lección no vuelven a darse nunca más. Es posible que los Estados Unidos hubieran podido apoyar enérgicamente a Batista y evitar su expulsión de La Habana, pero es seguro que después de la sólida instalación de Castro el subcontinente iberoamericano ya no es el mismo y no se puede actuar sobre él con la misma facilidad. Es posible también que los Estados Unidos, armados con bombas nucleares, hubieran podido constreñir a Stalin a un cambio rotundo de política en Europa, incluso a un cambio de régimen. Pero hay que pensar que en aquellos momentos la NATO era una fuerza real y coherente, como lo era el Pacto de Bagdad o la Seato, que los aliados no tenían discordias entre sí, que el nivel de vida en Europa era muy bajo, que la opinión pública de los Estados Unidos no había cambiado todavía su «psicología de guerra» por la confortable instalación en una paz material y espiritual, que no existía un «tercer mundo» sino un conjunto de naciones colonizadas por los «tres grandes» occidentales, que la ONU era todavía una especie de congreso americano... Todas las circunstancias han variado hoy muy notablemente. El contexto

de la política mundial, de la estrategia mundial, es otro. Debo advertir que personalmente tampoco creo en que la aplicación de esa política de fuerza en los momentos citados hubiera sido eficaz, ni que hubiera podido cambiar, como se dice, el aspecto del mundo. Creo sinceramente que si los Estados Unidos hubieran podido aplicar entonces tal sistema lo hubieran hecho rápidamente. Únicamente quiero decir que hay hoy muchas personas en el poder en Estados Unidos que piensan así —la misma frase, ya citada, de Johnson desdeñando la «política de la mecedora» es una prueba— y que aun admitiendo sin mayor análisis que puedan tener una razón retrospectiva el reflejo de actuación viene tan retrasado que su aplicación es muy difícil, es extemporánea, es anacrónica. No es preciso pronosticar el futuro. Tenemos a la vista que las dos acciones duras de los Estados Unidos, las dos guerras de McNamara, una en el Vietnam y otra en Santo Domingo, no han dado ningún resultado práctico. Hace cinco semanas que comenzaron los bombardeos de Vietnam del Norte, y no solamente no han cesado los éxitos guerrilleros del Vietcong, sino que ni siquiera se ha contenido la desmoralización crónica de los dirigentes vietnamitas de Saigón, como lo demuestra el último intento de golpe de Estado. Paralelamente en Santo Domingo el intento de rebelión, que normalmente hubiera durado unas horas, se ha convertido en una feroz, cruelísima guerra civil; no se han evitado los sobresaltos revolucionarios en otros países de Hispanoamérica —Bolivia, Colombia— y al mismo tiempo se ha hundido en el desprestigio a un organismo que aún funcionaba, que aún servía para algo: la Organización de Estados Americanos. Si se examinan los resultados de la política «de la mecedora» y se comparan con los de la política «del gran bastón» —sin entrar en la moral y en la ética, sino simplemente en el terreno de la eficacia— se advierte claramente que, sin perder un palmo de terreno, la influencia de los Estados Unidos bajo Kennedy y su prestigio eran muy superiores a los de la era de Johnson. Claro está que todavía es pronto: Johnson lleva cinco meses actuando —el otro año anterior era de pura apariencia electoral— y es quizá pronto para saber los resultados. Precisamente esto es lo temible: que los resultados no son buenos, y el tándem Johnson-McNamara estime que para que sean mejores tienen que seguir subiendo puntos en la «escalada».

EL plazo que los técnicos militares declaran públicamente que es el máximo para tomar una decisión capaz de cortar el progreso chino en materia de armamento nuclear es de cinco años. Se dice que ése es el tiempo que tardará China en la «miniaturización» de la bomba —es decir, en reducir el ingenio nuclear al tamaño y peso mínimos para ser transportada por aviones o cohetes—, en su producción en serie y en la creación de los «vectores» —o sea los misiles, o cohetes, capaces de colocarla en los objetivos necesarios—. Probablemente el plazo sea más breve. La aceleración industrial y militar de China es más rápida que la de Francia o que la de la URSS. La bomba china —las dos experimentadas hasta ahora— es de uranio 235, mientras que Francia está aún en la bomba de plutonio: sin entrar en detalles de la diferencia, esto significa una elevada capacidad industrial y técnica. La URSS probó su primera bomba atómica el 29 de agosto de 1949, y necesitó cuatro años de trabajos para ensayar la segunda —el 12 de agosto de 1953—, tras de lo cual necesitó dos años para —el 23 de noviembre de 1955— lanzar por primera vez una bomba desde un avión. Para China, en cambio, han bastado siete meses entre la primera y la segunda explosión. Algunos informes sin comprobar dicen que ha podido ser ya lanzada desde un avión, o incluso desde un proyectil emparentado con los modernos misiles. Por otra parte, la construcción de proyectiles teledirigidos ha dejado de ser hoy un misterio, o el producto de un costoso esfuerzo industrial. Un país más atrasado y más pobre que China, la República Árabe Unida, produce hoy sus propios cohetes

BOMBA

teledirigidos. Se ha hablado también de la posibilidad inmediata de utilización de la bomba China sobre objetivos no muy lejanos a base de aviones suicida, del tipo de los «kamikaze» que utilizaron los japoneses en la segunda guerra mundial; es decir, utilizando aparatos relativamente anticuados sin esperanzas para los pilotos, pero útiles para 1) desmoralizar al enemigo; 2) llevar la muerte y la destrucción hasta el territorio contrario y 3) abrir el paso con un despeje nuclear a las innumerables divisiones de infantería con que pueden anegar un continente (las milicias armadas chinas se calculan en unos 200 millones de combatientes, hombres y mujeres).

UNO de los efectos más importantes de la experiencia nuclear de Sinkiang parece ser el de un «cambio de mentalidad» china; otro, el de un posible cambio en sus relaciones con la URSS. La explotación psicológica de la prueba se ha preparado minuciosamente: unas días antes del ensayo, un documental cinematográfico en colores mostrando la primera prueba se proyectaba en toda China y en los países de su influencia, y producía en los cines manifestaciones de entusiasmo. Tras esta preparación psicológica, un importante artículo del general Lo Jui-Ching, jefe del Estado Mayor del Ejército chino, explicaba al pueblo la necesidad de estar preparado para una guerra nuclear y la necesidad de invertir sumas importantes en prepararse para la defensa. Dos días después de este artículo se producía la explosión de Sinkiang. Las tesis militares del general Lo se centran en la necesidad de una «defensa activa» contra los Estados Unidos, abandonando la idea de «defensa pasiva» o «defensa pura»: es decir, calculando que el ataque nuclear contra China es inevitable y preparándose ya para recibirlo y contrarrestarlo, y compara esta idea con la estrategia soviética en la segunda guerra mundial, que le sirvió para lanzar el ataque decisivo, después de una «defensa activa», contra las fuerzas alemanas. «La defensa activa no consiste en mantener o capturar territorios enemigos como principal efectivo, sino en concentrar fuerzas superiores para destruir la eficacia enemiga» y para «perseguir y destruir al enemigo hasta su punto de partida». El segundo punto de la definición militar del general Lo es el de que «el factor determinante en la solución de una guerra es el pueblo, y no las cosas», esto es, que la superioridad de armamentos de los Estados Unidos no servirá de nada si el pueblo no se deja intimidar por la idea de que con estas armas se puede ganar la guerra con una sola batalla, o sin necesidad de batalla. Aunque una guerra «cause sacrificios, pérdidas y destrucción, sirve también para educar al pueblo». China está «contra la iniciación de una guerra por los imperialistas, pero no se asustará de esa guerra ni mucho menos se manifestará contra las guerras revolucionarias por temor a que produzcan una guerra generalizada». Por si esta última frase no estuviera claramente dirigida, el general Lo repite las quejas chinas contra «Kruschef y sus sucesores», porque su «miedo a una guerra y a las armas modernas» les conduce a alejarse del conflicto «e incluso a colaborar con los Estados Unidos». Fácilmente se ve en qué punto concuerda esa exposición con las antiguas ideas de Mao, según las cuales una guerra nuclear no es suficiente para destruir la potencialidad del comunismo, ni en China ni en el mundo. La idea de Mao es que si una guerra nuclear llega a destruir cuatrocientos millones de vidas chinas, aún quedarán trescientos millones para ganar la guerra; ampliándola, en sus famosas declaraciones de Moscú —1957— explicó que en una guerra nuclear generalizada, en una guerra sin control, podría llegar a destruirse la mitad del género humano, pero la otra mitad sobreviviría para «instaurar el socialismo sobre el planeta después de haber borrado para siempre el imperialismo», y bastarían cincuenta años para que la Tierra hubiera recuperado su población actual... Es sabido que es en este punto donde el comunismo chino difiere esencialmente del comunismo de la URSS —aunque luego la discrepancia haya derivado, como es lógico, a otros muchos te-



renos—: la URSS mantiene que no solamente la guerra es evitable, sino que es innecesaria, y que el socialismo puede instaurarse en el mundo por vías pacíficas. Es curioso que el caso de Vietnam pueda servir más o menos para confirmar las dos posibles teorías. La URSS puede ver confirmada su idea de que no es necesaria una respuesta nuclear para acudir en ayuda del Vietcong, puesto que éste se defiende con sus guerrillas, desgasta militar y moralmente a los Estados Unidos y no parece cerca de la derrota militar. China, a su vez, puede presumir de que son en efecto los pueblos y no las «cosas» —en el sentido de los «objetos», de las armas modernas— los que deciden las batallas y aprenden en la escuela de la guerra, puesto que los importantes bombardeos sobre el Vietnam del Norte, la utilización de toda clase de «cosas» especialmente terroríficas y mortíferas —los gases, el «napalm», etc.— no han variado el «viento de la guerra», y en cambio puede variarlo realmente el viento de la Naturaleza: es decir, la temporada del monzón, que dura desde junio a octubre, y que imposibilitará la utilización de la aviación americana durante cinco meses, reduciendo la guerra a los encuentros de guerrillas, en las cuales el Vietcong tiene la ventaja.

ES posible que se trate de una casualidad, de un azar; pero hay dos curiosas coincidencias en los últimos meses. El mismo día que China procedió a la explosión de su primera máquina atómica, Moscú anunciaba la desaparición de Kruschef de la escena política: y Kruschef era el principal conductor de la línea «antichina» del Partido Comunista de la Unión Soviética. Se especuló entonces con la posibilidad de que fuese algo más que una coincidencia. Pero ahora, en el momento en que se ensayaba la segunda bomba atómica, en Moscú reaparecía el nombre de Stalin en los discursos oficiales, en las pantallas de los cines; y el mariscal Zukov —borrado desde la destalinización— comparecía ante la multitud, constelado de condecoraciones. En medio, ha sucedido el viaje de Kossyguin a China —en etapa hacia Hanoi—. Algunos observadores occidentales creen que se está realizando una aproximación real entre los dos países comunistas. Se piensa incluso que la política de fuerza de Johnson-McNamara está inquietando sobremanera a Moscú, que ignora en qué punto va a detenerse la «escalada» y que teme que le alcance a ella misma o a sus puntos vitales de influencia, lo cual puede hacerle revisar su política de coexistencia pacífica, revisar sus relaciones con China y, de este modo, volver a soldar el bloque comunista. Los «cerebros» de Washington consideran que éste es el principal peligro al exagerar la «escalada».